

El patrimonio cultural y natural: reflexiones sobre su conservación en Baja California

*Miguel Agustín Téllez Duarte
Universidad Autónoma de Baja California*

Introducción

Baja California es de los últimos espacios del territorio nacional donde gran parte de su entorno natural se conserva casi intacto. A esto ha contribuido el bajo índice de población, y con excepción de la región fronteriza, la escasa red de caminos pavimentados. Sin embargo, la creciente apertura de caminos rurales aunado a la proliferación de vehículos todo-terreno ha ocasionado un notable impacto en el paisaje y tornado accesibles sitios históricos y arqueológicos anteriormente aislados. Estos últimos consisten principalmente de círculos de piedra, concheros, senderos, talleres líticos y arte rupestre, los cuales al ubicarse en un paisaje predominantemente desértico con escasa cobertura vegetal los hace sumamente vulnerables al impacto humano por su ocurrencia superficial.

En este vasto territorio la falta de recursos materiales y humanos con que cuenta el INAH hace difícil que cumpla sus funciones de investigación y conservación. Por ello, es sumamente importante la implementación de acciones que conlleven hacia su preservación, lo cual puede facilitarse si los vestigios arqueológicos se consideran como un todo dentro del paisaje natural.

En este sentido, el concepto de los paisajes culturales, entendiéndose estos como una agregación de lugares, características, objetos, archivos materiales, memorias y percepciones con significado social engloba toda la gama de características culturales y naturales que permiten una mejor comprensión del entorno natural y la forma como el hombre se fue adecuando a él. Bajo esta conceptualización, las actividades humanas pueden integrarse a su entorno natural y cultural bajo una estrategia que permita la difusión, valoración y apropiación por parte de la comunidad como un sitio de recreación y educación para una convivencia más sana con el entorno.

Para ello una de las estrategias que podrían coadyuvar para este fin es la mayor difusión del valor natural y cultural que posee Baja California, la cual tradicionalmente es más conocida en el dominio público por su paisaje desértico y las carreras para vehículos fuera de camino. Sin embargo, entre los atractivos que ofrece el paisaje cultural bajacaliforniano el ecoturismo es una de las vocaciones del territorio que más se compromete con la conservación.

En este esquema, mediante el diseño de corredores temáticos es posible integrar didácticamente los atractivos del paisaje natural y cultural sin conflicto con el aspecto recreativo de la creciente demanda de actividades al aire libre. Estos corredores pueden cumplir el doble papel de compenetrar a la población en el significado cultural y natural del paisaje que lo rodea, y lo valore por los servicios de uso que puede proporcionar mediante su preservación. Esto último es particularmente importante ante la creciente

venta de los predios rurales en zonas ejidales que durante muchos años han sido prácticamente improductivos para sus propietarios, y donde el ecoturismo plantea una alternativa de aprovechamiento de los mismos.



Figura 1. El borrego cimarrón es uno de los íconos de la fauna de Baja California y fue uno de los temas centrales en el arte rupestre monumental del centro de la península.

Para ello, existen programas federales e internacionales que otorgan apoyos económicos a ejidatarios propietarios de predios dentro de las zonas protegidas, cuyo conocimiento y aprovechamiento podrían convertirse en un aliciente adicional para la conservación del patrimonio histórico y natural.

Esto cobra relevancia ante los notables hallazgos derivados de la profusa investigación arqueológica llevada a cabo en Baja California en los últimos años, la cual ha llamado la atención internacional y puesto en evidencia su gran importancia en la comprensión de las adaptaciones ecológicas y desenvolvimiento social de los grupos humanos de cazadores-recolectores en un contexto de aislamiento único, además de la notable antigüedad de algunos sitios que se ubican entre los más tempranos en el poblamiento de América.

En este trabajo, se hace un análisis somero y una serie de reflexiones de los diversos atractivos naturales y culturales que forman parte del paisaje de Baja California, y su potencial de conservación dentro de un esquema de sustentabilidad.

El paisaje natural

La península de Baja California es un rasgo tectónico relativamente joven en tiempo geológico. Se originó tras una serie de movimientos tectónicos que llevaron a la apertura del Golfo de California durante el Mioceno, hace alrededor de 4 millones de años, quedando prácticamente aislada del macizo continental.

Su longitud y configuración alargada, aunada a su accidentada geomorfología constituida por cadenas montañosas de hasta 3,000 m de altitud, como es el caso de la Sierra de San Pedro Mártir, y extensas planicies ahora desérticas, como el gran desierto central, la convirtieron en un auténtico laboratorio evolutivo.

De ello da cuenta la numerosa y mundialmente reconocida flora y fauna endémica de la península, incluso en algunos casos de distribución extremadamente restringida (Figura 1). Uno de los ejemplos más raros son los estromatolitos de la Laguna Figueroa, también llamada Laguna Mormona, los cuales solo existen en ese reducido vaso de agua localizado al norte de Bahía San

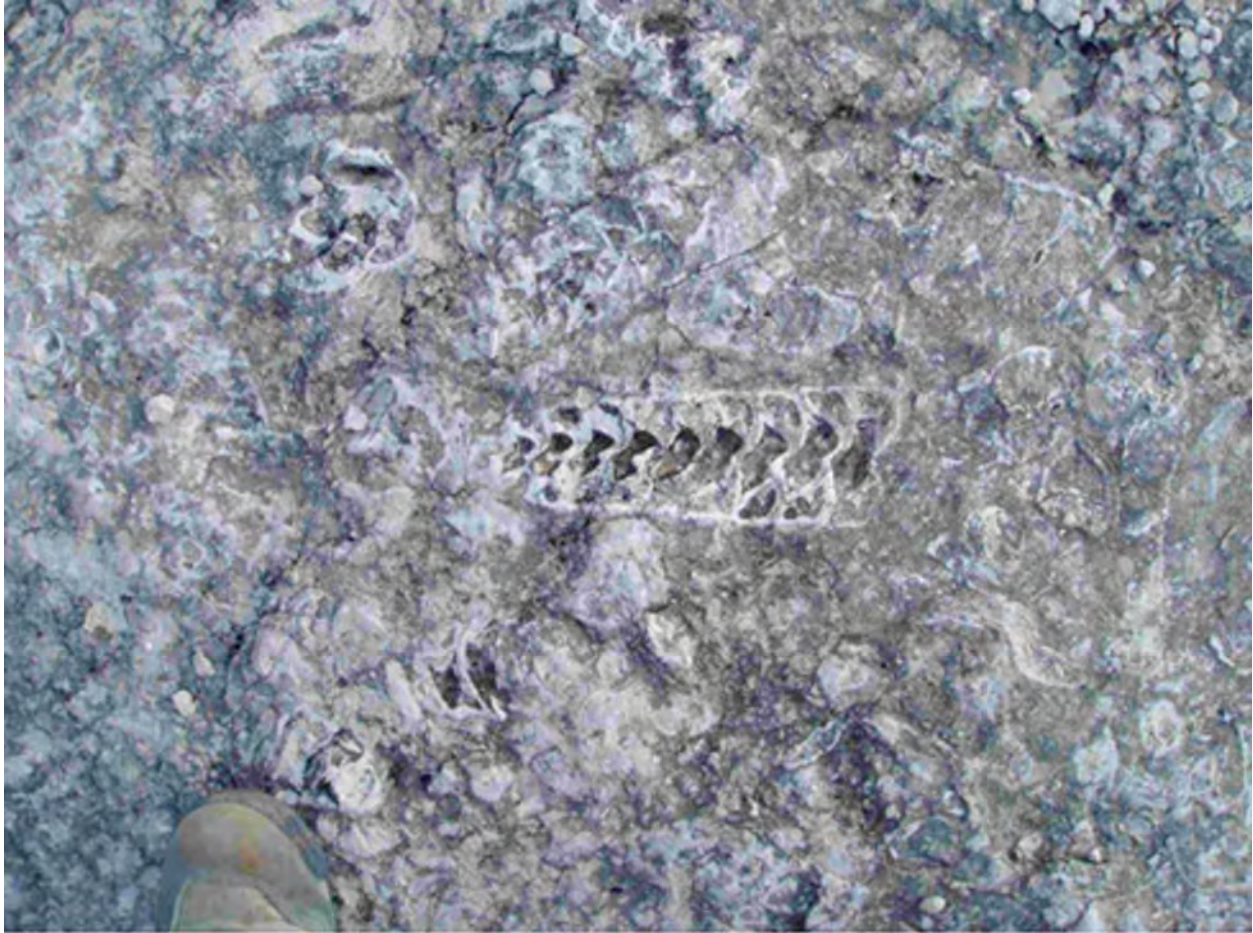


Figura 2. Otro de los atractivos naturales de Baja California es su paleontología. La foto muestra un gasterópodo gigante en roca caliza de Las Pintas, en las cercanías de El Rosario.

Quintín. Sin embargo, las evidencias de los primeros organismos que habitaron Baja California antes de convertirse en península son los abundantes fósiles existentes en rocas sedimentarias mayormente del Cretácico hasta el Pleistoceno, y mas raramente en los escasos afloramientos de rocas Paleozoicas, ya que estas fueron en su mayoría destruidas durante la intrusión hace unos 100 millones de años del batolito peninsular, lo que dio lugar a las cordilleras montañosas de las Sierras de Juárez y San Pedro Mártir (Figura 2). Entre las evidencias fósiles más sobresalientes se encuentran las gigantescas amonitas y dinosaurios de El Rosario, así como los exquisitamente preservados moluscos del Paleoceno de Mesa San Carlos.

El paisaje actual comenzó a adquirir su fisonomía con la llegada de los primeros pobladores humanos a la península a finales del Pleistoceno. A su arribo el agua era abundante por los numerosos ríos perennes que existían, así como lagos interiores donde la caza era abundante, como en la Laguna Chapala. Sin embargo, los cambios climáticos que acontecieron a finales de esta época dieron lugar a una paulatina desertificación que conllevó la desecación de ríos y lagos y la sustitución de la flora de ambiente más húmedo por plantas suculentas y fauna

adaptada a las nuevas condiciones ecológicas.

La escasez de recursos hídricos y alimentos dio lugar a que los grupos de cazadores-recolectores quedaran en un tipo de congelamiento cultural, con una economía de subsistencia basada en la caza, pesca y recolección de los frutos silvestres que la naturaleza les proveía, a



Figura 3. Paisaje en Bahía de Los Ángeles donde se conjuga el escenario natural y la arqueología. Nótese los círculos de piedra en la parte central y los extensos concheros localizados al fondo como un cinturón blanco.

excepción de los grupos yumanos asentados en el río Colorado, únicos que practicaron la agricultura.

Arqueología

No obstante las difíciles condiciones para la subsistencia que enfrentaron los pobladores durante el Holoceno, estos se adaptaron perfectamente, como lo testimonian los abundantes sitios arqueológicos situados a todo lo largo y ancho de la península, aún en las zonas más inhóspitas (Figura 3).

Los más comunes son los concheros, densas acumulaciones de conchas de moluscos asociadas a fauna de vertebrados tanto marinos como terrestres que en algunos casos pueden medir varios metros de espesor, indicando con ello una larga ocupación humana de la zona costera, además de representar de las más antiguas evidencias de la llegada del hombre (Gruhn y Bryan 2001). En algunos casos los concheros pueden estar localizados varios kilómetros al interior de la península, indicando con ello la gran movilidad de los indígenas, lo cual también lo demuestran los largos senderos que comunican varios sitios arqueológicos entre sí. Esta red de senderos se inter-conectan enlazando la costa del Pacífico con la del Golfo de California.

Otros rasgos arqueológicos comunes asociados a los senderos son los campamentos temporales, caracterizados por círculos de piedra de tamaños variables, o los denominados “corralitos”, conformados por acumulaciones de piedras formando paredes de poca altura, y que

en algunos casos en la zona costera son de forma semicircular y orientados como barrera protectora contra el viento.

El aspecto arqueológico más relevante y reconocido en la península es su arte rupestre, el cual se localiza en prácticamente todo el territorio, particularmente asociado a cuevas o



Figura 4. Conchero destruido por la apertura de un camino de acceso en Punta Banda. La mayoría de las veces estos sitios no se reconocen como arqueológicos por formar parte del suelo y no mostrar manifestaciones monumentales.

resguardos poco profundos cercanos a cauces de arroyos. Los dos tipos más importantes son los petrograbados y la pictografía; el primero de ellos domina en los desiertos y el segundo en las zonas montañosas. La pictografía denominada de “los grandes murales” es la que más ha destacado en la investigación arqueológica por su monumentalidad, antigüedad, belleza y la compleja connotación mágico-religiosa (Gutiérrez 1999).

Amenazas

Aún cuando los procesos naturales de intemperismo y erosión han destruido numerosos sitios arqueológicos antes de haber sido estudiados o debidamente documentados, particularmente los localizados en la zona costera donde estos procesos son más activos durante el retroceso de los cantiles, las actividades humanas recientes han contribuido notablemente al deterioro, vandalismo, saqueo o total destrucción de numerosos sitios arqueológicos (Téllez 2004).

La escasez de vías de comunicación los había mantenido prácticamente desconocidos y en muy buen estado de conservación hasta muy recientemente. Sin embargo, una de las amenazas más serias que se han suscitado es la proliferación sin control ni regulaciones de vehículos todo-terreno, los cuales en muchos de los casos han abierto rutas de acceso a

numerosos sitios favoreciendo su destrucción ya sea consciente o inconsciente. A ello también ha contribuido la apertura de caminos de terracería a campos pesqueros que frecuentemente se asientan en sitios conchero (Figura 4).

Si bien la acción directa a través de los caminos de acceso ha sido la amenaza principal al patrimonio arqueológico, también ha jugado un papel muy importante la pobre difusión entre la comunidad del significado cultural de los mismos. Aún cuando exista una idea intuitiva de que los vestigios de actividad humana pasada poseen un valor intrínseco, en general las comunidades rurales donde estos se encuentran le dan poca importancia, no por falta de interés, sino a la carencia de información de su valor cultural, histórico o científico.

Más aún, es prácticamente desconocido que estos vestigios pueden ser aprovechados dentro de un esquema de desarrollo sostenible dentro de los escenarios naturales donde estos ocurren. Resultado de esta desinformación, y ante la nueva situación legal de poder vender extensos predios ejidales que por muchos años han sido prácticamente improductivos, se ha desatado un gran interés por su adquisición por inversionistas para desarrollos turísticos, industrias y otras actividades que se contraponen con la preservación del escenario natural y cultural. En otras palabras, la percepción de la población local y en general del significado y valor del escenario natural y cultural es muy pobre, y esto es una amenaza real que atenta a su conservación.

Por otro lado, las comunidades rurales poseen un rico acervo de conocimiento empírico del medio donde se desenvuelven, el cual es una valiosa fuente de información de su memoria histórica y el uso tradicional de los recursos naturales. Este patrimonio cultural intangible por su carácter inmaterial es particularmente sensible a ser perdido con el paso generacional o por la migración de los informantes en la búsqueda de mejores formas de vida, lo cual es verdaderamente lamentable en estos tiempos en que el desarrollo de la ciencia se encuentra centrado en la multidisciplinaria, y donde las ciencias sociales interactúan más activamente con las ahora denominada “ciencias duras”. Este esquema actual de búsqueda desconocimiento conlleva la aplicación del mismo en la consecución de un bienestar social, y por ello el rescate del patrimonio cultural intangible es una plusvalía que puede ser agregada al valor cultural tangible y natural de un escenario. Por tanto, es necesario tomar conciencia de que el patrimonio cultural intangible también se encuentra amenazado en muy diversos grados.

El patrimonio natural y cultural y el desarrollo sustentable

Hay que recalcar que los conceptos aquí vertidos sobre el patrimonio natural y cultural, y particularmente de este último por su carácter no-renovable, no llevan como idea central entrar en conflicto con el desarrollo, sino más bien valorar que este patrimonio debe ser debidamente evaluado como pre requisito a cualquier esquema de desarrollo y que contribuya con al menos tres de los objetivos que este debe de llevar: a) crear empleos, b) estimular el desarrollo regional y c) integrarse a la vida de la comunidad.

En este contexto, hay que destacar que el patrimonio cultural en sí lleva como objetivo primordial conservar para el futuro ejemplos representativos de todos los tipos de sitios arqueológicos, particularmente de aquellos carentes de monumentalidad como es el caso de los concheros. Estos últimos son los que más severamente han sido dañados o destruidos por localizarse principalmente en la zona costera, donde la ubicación de campos pesqueros y la presión de desarrollo urbano los ha destruido a veces inadvertidamente por su inconspicuidad (Téllez 1993).

Sin embargo, los hallazgos recientes sobre el corredor Tijuana-Ensenada, principalmente durante excavaciones de salvamento realizadas por el INAH, han dejado testimonio de contextos y artefactos únicos y de gran importancia en la comprensión de la forma de vida, adaptaciones ecológicas y ritos funerarios de los antiguos habitantes de la zona costera. Por ello, aún cuando los concheros distan mucho de ser monumentales, y que la percepción social puede ser es de que no son importantes, son un testimonio relevante en la memoria histórica del país que encajan dentro de la corriente conservacionista del suelo como herencia cultural (Montanarella 2004), que puede ser importante no solo a escala local o nacional, sino incluso internacional.

Ante el conflicto de intereses entre la conservación y el desarrollo, las estrategias de manejo de zonas de interés natural y cultural deben enfrentar tres opciones: a) destrucción, b) destrucción con mitigación, o c) conservación (Carpenter y Maragos 1989).

Cualquiera de ellas debe ser tomada con base a la representatividad de los contextos arqueológicos en el marco de la arqueología regional y nacional, y considerando que la conservación de nuestra herencia cultural debe asegurar la preservación de sitios que comprendan contextos distintos, tales como resguardos, campamentos al aire libre, zonas de morteros, pintura o grabado rupestre, entre otros, y que además incluyan escenarios naturales diversos, con el fin de que sean de interés a diversos tipos de especialistas. Tal es el caso de zonas como encinales, matorral costero, desierto, chaparral, playas y costas rocosas por mencionar algunos de los variados ambientes presentes en Baja California.

Por tanto, la conservación del patrimonio natural y cultural forman parte de un todo, y las decisiones tomados hoy serán relevantes para asegurar su disfrute por las generaciones futuras. Baja California por sus escenarios naturales, baja densidad de población, naturaleza árida y escasez de agua posee una vocación territorial mayormente hacia la conservación, donde una de las actividades económicas de bajo impacto que permiten el aprovechamiento de sus recursos sin menoscabo de la conservación es el ecoturismo.

Servicios de este tipo están incrementando su demanda ante el congestionamiento de las zonas urbanas. Una orientación adecuada a los propietarios de predios de interés arqueológico y natural acompañada de estrategias bien planeadas, donde se incluyan corredores temáticos, en los que se ofrezca senderismo interpretativo de la flora, fauna, geología, paleontología, arqueología, y la historia y tradiciones regionales, además de la práctica de deportes al aire libre, como el ciclismo de montaña, caminata, o la escalada en roca, entre varios otros, aunado a la prestación de servicios como hospedaje, alimentación y traslados, sería un atractivo para asegurar la conservación de los predios por sus propietarios.

En este aspecto, los distintos programas de apoyo a la conservación que ofrece el gobierno federal, entre ellos el de CONAFOR, o internacionales como los de Ecologic Finance, este último que financia proyectos sustentables a comunidades rurales, merecen una mayor difusión para que efectivamente coadyuven a la conservación de nuestro patrimonio natural y cultural.

Bibliografía

Carpenter, Richard A. y James E. Maragos

1989 *How to assess environmental impacts on tropical islands and coastal areas*, South Pacific Regional Environmental Programme, Environmental and Policy Institute, Honolulu, Hawaii.

Gruhn, Ruth y Alan Bryan

- 2001 “An interim report on two rockshelter sites with Early Holocene occupation in the northern Baja California peninsula”, *Memorias: Balances y Perspectivas de la Antropología e Historia de Baja California* 2:35-46.

Gutiérrez, María de la Luz

- 1999 “Recientes avances en el estudio de las pinturas rupestres de Baja California central”, en *Memorias del Seminario de Historia*.

Montanarella, Luca

- 2004 “Policies for a sustainable use of the soil resource”, en *Libro de resúmenes del 32 Congreso Geológico Internacional*, Florencia, Italia.

Téllez, Miguel Agustín

- 1993 “Cultural resources as a criterion in coastal zone management: the case of northwestern Baja California, Mexico”, en *Coastal management in Mexico: the Baja California experience*, José Luis Fermán Almada, Lorenzo Gómez-Morín y David W. Fisher, eds., pp. 137-147, American Society of Civil Engineers, New York.
- 2004 “Arqueología costera de Baja California: perspectivas de conservación de un patrimonio amenazado”, *Memorias: Balances y Perspectivas de la Antropología e Historia de Baja California* 5:77-87.